

sobrinos de Montezuma, como adelante diré; y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él á nuestros aposentos; y estaba muy alegre, y á los soldados que con él fuimos luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO XCIX.

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y cómo el gran Montezuma dijo que quería ir á caza, y fué en los bergantines hasta un peñol donde había muchos venados y caza; que no entraba en el alcázar persona ninguna, con grave pena.

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias y mástiles, con sus banderas reales é imperiales, y apercebidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dijo á Cortés que quería ir á caza en la laguna á un peñol que estaba acotado, que no osaban entrar en él á montar por muy principales que fuesen, so pena de muerte; y Cortés le dijo que fuese mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le había dicho cuando fué á sus ídolos, que no era mas su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegacion ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean; y el Montezuma se holgó de ir en el bergantin mas velero, y metió consigo muchos señores y principales, y el otro bergantin fué lleno de caciques y un hijo de Montezuma, y apercebió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó á Juan Velazquez de Leon, que era capitán de la guarda, y á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli fuesen con él, y Alonso de Avila con ducientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Montezuma; y como todos estos capitanes que he nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho, y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que había, con nuestros artilleros, que se decían Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, segun el tiempo; y allí entró Montezuma con sus principales; y como en aquella sazón hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar y agradar al Montezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Montezuma y decía que eran gran maestría la de las velas y remos todo junto; y llegó al peñol, que no era muy léjos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento á la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de Méjico mandó Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Montezuma, que, como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo. Y si hubiese de contar las cosas y condicion que él tenía de gran señor, y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva-España y de otras provincias le hacían, es para nunca acabar, porque cosa ninguna que mandaba que le trujesen, aunque fuese volando, que luego no le era traído;

y esto dígo porque un día estábamos tres de nuestros capitanes y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilan en unas salas como corredores por una codorniz; que cerca de las casas y palacios donde estaba el Montezuma preso estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenía allí para criar el indio mayordomo que tenía cargo de barrer los aposentos; y como el gavilan se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decía Francisco de Acevedo el Pulido, que fué maestra de la almirante de Castilla: «¡Oh qué lindo gavilan, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene!» Y respondimos los demás soldados que era muy bueno, y que había en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería; y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó á su paje Orteguilla sobre la plática, y le respondió que decíamos aquellos capitanes que el gavilan que entro á cazar era muy bueno, é que si tuviésemos otro como aquel que le mostrarian á venir á la mano, y que en el campo le echarian á cualquier ave, aunque fuese algo grande, y la mataria. Entonces dijo el Montezuma: «Pues yo mandaré agora que tomen aquel mismo gavilan, y verémos si le amansan y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallamos le quitamos las gorras de armas por la merced; y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trujesen el mismo gavilan; y tal maña se dieron en le tomar, que á horas del Ave-María vienen con el mismo gavilan, y le dieron á Francisco de Acevedo, y le mostró al señuelo; y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba mas que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y he lo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las mas partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban dél, que hasta las aves que vuelan por el aire hacia tomar. Dejemos esto aparte, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenía convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma á otros muchos caciques y á toda la tierra para darnos guerra y soltar al Montezuma, y alzarse algunos dellos por reyes de Méjico; lo cual diré adelante.

CAPITULO C.

Cómo los sobrinos del grande Montezuma andaban convocando á trayendo á sí las voluntades de otros señores para venir á Méjico y sacar de la prision al gran Montezuma y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcoco, que después de Méjico era la mayor y mas principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que había muchos días que estaba preso su tío Montezuma, é que en todo lo que nosotros podíamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó á saber que habíamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna dello; é antes que lo tomásemos acordó de convocar á todos los señores de Tezcoco, sus vasallos, é al señor de Cuyoacan, que era su primo, y sobrino del Montezuma, é al señor de Tacuba é al señor de Iztapalapa, é á otro ca-

cique muy grande, señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Montezuma, y aun decían que le venia de derecho el reino y señorío de Méjico, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios; pues andando concertando con ellos y con otros señores mejicanos que para tal día viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, parece ser que el cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban á él el señorío de Méjico, pues le venia de derecho, que él con toda su parentela, y de una provincia que se dice Matalcingo, serian los primeros que vendrian con sus armas á nos echar de Méjico, ó no quedaria ninguno de nosotros á vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió que á él le venia el cacicazgo y él había de ser rey, pues era sobrino de Montezuma, y que si no quería venir, que sin él ni su gente haría la guerra. Por manera que ya tenía el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores por mí ya nombrados, y tenía concertado que para tal día viniesen sobre Méjico, é con los señores que dentro estaban de su parte les darian lugar á la entrada; é andando en estos tratos, lo supo muy bien Montezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin quería; y para mejor lo saber envió Montezuma á llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzin los andaba convocando á todos con palabras é dádivas para que le ayudasen á darnos guerra y soltar al tío. Y como Montezuma era cuerdo y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo á Cortés segun y de la manera que pasaba, el cual alboroto sabía muy bien nuestro capitán y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente mejicana é iríamos sobre Tezcoco, y que le prenderíamos ó destruiríamos aquella ciudad é sus comarcas. E al Montezuma no le cuadró este consejo; por manera que Cortés le envió á decir al Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdicion, é que le quiere tener por amigo, é que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, é otros muchos cumplimientos. E como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer que le acudirían en la guerra, envió á decir á Cortés que ya había entendido sus palabras de halagos, que no las quería mas oír, sino cuando le viese venir, que entonces le hablaría lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés á le enviar á decir que mirase que no liciese deservicio á nuestro rey y señor, que lo pagaria su persona y le quitaría la vida por ello; y respondió que ni conocía á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tío. Como envió aquella respuesta, nuestro capitán rogó á Montezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcoco tenía grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en Méjico con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposicion, que estaba huido del propio hermano porque no le matase, que después del Cacamatzin heredaba el reino de Tezcoco; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcoco que prendiesen al Caca-

matzin, ó que secretamente le enviase á llamar, y que si viniese, que le echase mano y le tuviesen en su poder hasta que estuviese mas sosegado; y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad é reino. Y el Montezuma dijo que le enviaria luego á llamar; mas que sentía dél que no querria venir, y que si no viniese, que se ternia concierto con sus capitanes y parientes que le prendan; y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dijo: «Señor Montezuma, bien podeis creer que si os quereis ir á vuestros palacios, que en vuestra mano está; que desde que tengo entendido que me teneis buena voluntad é yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condicion, que luego no os fuera acompañando para que os fuéades con toda vuestra caballería á vuestros palacios; y si lo he dejado de hacer, es por estos mis capitanes que os fueron á prender, porque no quieren que os suelte, y porque vuestra majestad dice que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad é quitaros el mando;» y el Montezuma dijo que se lo tenía en merced, y como iba entendiendo las palabras halagüenas de Cortés é via que lo decía, no por soltalle, sino probar su voluntad; y tambien Orteguilla, su paje, se lo había dicho á Montezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiese, é que no creyese á Cortés, que sin ellos no le soltaria. Dijo el Montezuma á Cortés que muy bien estaba preso hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego quería enviar mensajeros á Cacamatzin rogándole que viniese ante él, que le quería hablar en amistades entre él y nosotros; y le envió á decir que de su prision que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya á sus palacios, y que él no quiere, por cumplir el mandado de sus dioses, que le han dicho que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto; y que esto que lo sabe muchos días há de los papas que están en servicio de los ídolos; y que á esta causa será bien que tenga amistad con Malinche y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Montezuma á decir á los capitanes de Tezcoco, cómo enviaba á llamar á su sobrino para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin; y sus principales entraron en consejo sobre lo que harían, y el Cacamatzin comenzó á bravar y que nos había de matar dentro de cuatro días, é que al tío, que era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaba al abajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacelle algun bien, y que cuanto oro le han traído de sus tributos nos daba; y que le habíamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teníamos preso, é que ya le andábamos diciendo que quitasen los ídolos del gran Huichilólos, é que queria-

mos poner los nuestros; é que porque esto no viniese mas mal, y para castigar tales cosas é injurias, que les rogaba que le ayudasen, pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los mismos capitanes del Montezuma, y que ya no se puede compadecer otra cosa sino que todos juntos á una nos diesen guerra; y allí les prometió el Cacamatzin que si quedaba con el señorío de Méjico que les habia de hacer grandes señores, y tambien les dió muchas joyas de oro y les dijo que ya tenia concertado con sus primos, los señores de Cuyoacan y de Iztapalapa y de Tacuba y otros deudos, que le ayudarian, é que en Méjico tenia de su parte otras personas principales, que le darian entrada é ayuda á cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los mas en sus piraguas y canoas chicas por la laguna, podrian entrar, sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tio estaba preso; y que no tuviesen miedo de nosotros, pues saben que pocos dias habian pasado que en lo de Almería los mismos capitanes de su tio habian muerto muchos teules y un caballo, lo cual bien vieron la cabeza de un teule é el cuerpo del caballo; é que en una hora nos despacharian, é con nuestros cuerpos harian buenas fiestas y hartazgas. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen que se miraban unos capitanes á otros para que hablasen los que solian hablar primero en cosas de guerra, é que cuatro ó cinco de aquellos capitanes le dijeron que ¿cómo habian de ir sin licencia de su gran señor Montezuma y dar guerra en su propia casa y ciudad? Y que se lo envien primero á hacer saber, é que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, é que de otra manera, que no le quieren ser traidores. Y pareció ser que el Cacamatzin se enojó con los capitanes que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres de ellos; y como habia allí en el consejo y junta que tenian otros sus deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayudarian hasta morir, é acordó de enviar á decir á su tio el gran Montezuma que habia de tener empacho envialle á decir que venga á tener amistad con quien tanto mal y deshonor le ha hecho, teniéndole preso; é que no es posible sino que nosotros éramos hechiceros y con hechizos le teniamos quitado su gran corazon y fuerza, ó que nuestros dioses y la gran mujer de Castilla que les dijimos que era nuestra abogada nos da aquel gran poder para hacer lo que haciamos; é en esto que dijo á la postre no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios y su bendita Madre nuestra Señora nos ayudaba. Y volvamos á nuestra plática, que en lo que se resumió, fué enviar á decir que él venia á pesar nuestro y de su tio á nos hablar y matar; y cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió á llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta, y les dió su sello, y aun les dió ciertas joyas de oro, y les mandó que luego fuesen á Tezcucó y que mostrasen secretamente aquel su sello á ciertos capitanes y parientes que estaban muy mal con el Cacamatzin por ser muy soberbio, é que tuviesen tal orden y manera, que á él y á los que eran en su consejo los prendiesen y que luego se los trujesen delante. Y como fueron aquellos capitanes, y en Tezcucó entendieron lo que el Montezuma mandaba,

y el Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra, y tambien trujeron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto á la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen á Méjico, y cuando hubo desembarcado le meten en sus ricas andas, como rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma; y parece ser estuvo hablando con su tio, y desvergonzósele mas de lo que antes estaba, y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por señor; lo cual alcanzó á saber mas por entero de los demás prisioneros que le trujeron, y si enojado estaba de antes del sobrino, muy mas lo estuvo entonces. Y luego se lo envió á nuestro capitán para que lo echase preso, y á los demás prisioneros mandó soltar; é luego Cortés fué á los palacios é al aposento de Montezuma y le dió las gracias por tan gran merced; y se dió orden que se alzase por rey de Tezcucó al manco que estaba en su compañía del Montezuma, que tambien era su sobrino, hermano del Cacamatzin, que ya he dicho que por su temor estaba allí retraido al favor del tio porque no le matase, que era tambien heredero muy propincuo del reino de Tezcucó; y para lo hacer solenemente y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Montezuma que vienesen ante él los mas principales de toda aquella provincia, y después de muy bien platicada la cosa, le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Carlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos sobrinos del gran Montezuma, que eran el señor de Cuyoacan y el señor de Iztapalapa y el de Tacuba, vieron é oyeron las prisiones del Cacamatzin, y supieron que el gran Montezuma habia sabido que ellos entraban en la conjuración para quitalle su reino y dárselo á Cacamatzin, temieron, y no le venian á ver ni á hacer palacio como solian; é con acuerdo de Cortés, que le convocó é atrajo al Montezuma para que los mandase prender, en ocho dias todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro capitán y todos nosotros. Miren los curiosos lectores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de nos matar cada dia y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorria; é aquel buen Montezuma á todas nuestras cosas daba buen corte; é miren qué gran señor era, que estando preso así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado é aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros capitanes é el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, estaban teniéndole palacio, é en todo lo que podian le daban mucho placer, y burlaban no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés ni ningún capitán hasta que el Montezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos y les mandaba asentar; y en esto era tan bien mirado, que todos le queriamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le viamos hacer. Y volviendo á nuestra plática, unas veces le daban á entender las cosas tocantes á nuestra santa fe, y se lo decia el fraile con el paje Orteguilla, que parece que le entraban ya algunas buenas razones en el corazon, pues las escuchaba con atencion

mejor que al principio. Tambien le daban á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y cómo le daban vasallaje muchos grandes señores que le obedecian, y de léjas tierras; y decianle otras muchas cosas que él se holgaba de les oír, y otras veces jugaba Cortés con él al totoloke; y él, como no era nada escaso, nos daba cada dia cual joyas de oro ó mantas. Y dejaré de hablar en ello, y pasaré adelante.

CAPITULO CI.

Cómo el gran Montezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia á su majestad, y de otras cosas que sobre ello pasaron.

Como el capitán Cortés vió que ya estaban presos aquellos reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dijo á Montezuma que dos veces le habia enviado á decir antes que entrásemos en Méjico que queria dar tributo á su majestad, y que pues ya habia entendido el gran poder de nuestro rey y señor, é que de muchas tierras le dan parias y tributos, y le son sujetos muy grandes reyes, que será bien que él y todos sus vasallos le den la obediencia, porque así se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que den las parias é tributo. Y el Montezuma dijo que juntaria sus vasallos é hablaria sobre ello; y en diez dias se juntaron todos los mas caciques de aquella comarca, y no vino aquel cacique pariente muy cercano del Montezuma, que ya hemos dicho que decian que era muy esforzado, y en la presencia y cuerpo y miembros se le parecia. Bien era algo atronado, y en aquella sazón estaba en un pueblo suyo que se decia Tula; y á este cacique, segun decian, le venia el reino de Méjico después del Montezuma; y como le llamaron, envió á decir que no queria venir ni dar tributo; que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar. De la cual respuesta hubo enojo Montezuma, y luego envió ciertos capitanes para que le prendiesen; como era gran señor y muy emparentado, tuvo aviso dello y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entonces. Y dejallo hé aquí, y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que habia enviado á llamar, que después que les habia hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabian por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, é así lo tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habian de venir gentes que habian de señorear estas tierras, y que se habia de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mejicanos; y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros; é que se lo han preguntado á su Huichilóbos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios y no quieren respondellos como suele; y lo que mas les da á entender el Huichilóbos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello dé ahora por respuesta, é que no le pregunten mas; así, que bien da á entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son; y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando verémos si tenemos otra mejor respues-

ta de nuestros dioses, y como viéremos el tiempo, así harémos. Lo que yo os mando y ruego, que todos de buena voluntad al presente se la demos, y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que mas nos convenga; y porque ahora soy importunado de Malinche á ello, ninguno lo rehusé; é mirá que en diez y ocho años que há que soy vuestro señor, siempre me habeis sido muy leales, é yo os he enriquecido, é ensanchado vuestras tierras, é os he dado mandos é hacienda; é si ahora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Huichilóbos me lo ha mandado. Y desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harian lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Montezuma muchas mas; y luego envió á decir con un principal que para otro dia darian la obediencia y vasallaje á su majestad. Después Montezuma tornó á hablar con sus caciques sobre el caso, estando Cortés delante, é nuestros capitanes y muchos soldados, y Pedro Fernandez, secretario de Cortés; é dieron la obediencia á su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; é queríamoslo tanto é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma: tanto era el amor que le teniamos. Y dejallo hé aquí, y diré que siempre Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, que era bien entendido, estaban en los palacios de Montezuma por alegralle, atrayéndole á que dejase sus ídolos; y pasaré adelante.

CAPITULO CII.

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas de oro, y de qué calidad eran, y asimismo en qué rios estaban, y qué puertos para navios desde lo de Pánuco hasta lo de Tabasco, especialmente el rio grande de Guacazualco, y lo que sobre ello pasó.

Estando Cortés é otros capitanes con el gran Montezuma, teniéndole en palacio, entre otras pláticas que le decia con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar é Orteguilla, le preguntó que á qué parte eran las minas é en qué rios, é cómo y de qué manera cogian el oro que le traian en granos, porque queria enviar á vello dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Montezuma dijo que de tres partes, y que donde mas oro se solia traer que era de una provincia que se dice Zacatula, que es á la banda del sur, que está de aquella ciudad andadura de diez ó doce dias, y que lo cogian con unas jícaras, en que lavan la tierra, é que allí quedan unos granos menudos después de lavado; é que ahora al presente se lo traen de otra provincia que se dice Gustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la banda del norte, é que lo cogen de dos rios; é que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los chinatecas y capotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daría principales que vayan con ellos; y Cortés le dió las gracias por ello, y luego despachó un piloto que se decia Gonzalo de Umbria, con otros dos soldados mineros, á lo de Zacatula.

Aqueste Gonzalo de Umbria era al que Cortés mandó cortar los piés cuando ahorcó á Pedro Escuderos é á Juan Cermeño y azotó los Peñates porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navío, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Dejemos de contar mas en lo pasado, y digamos cómo fueron con el Umbria, y se les dió de plazo para ir é volver cuarenta dias. E por la banda del norte despachó para ver las minas á un capitán que se decia Pizarro, mancebo de hasta veinte y cinco años; y á este Pizarro trataba Cortés como á pariente. En aquel tiempo no había fama del Perú ni se nombraban Pizarros en esta tierra; é con cuatro soldados mineros fué, y llevó de plazo otros cuarenta dias para ir é volver, porque había desde Méjico obra de ochenta leguas, é con cuatro principales mejicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos á decir cómo le dió el gran Montezuma á nuestro capitán en un paño de nequen pintados y señalados muy al natural todos los rios é ancones que había en la costa del norte Pánuco hasta Tabasco, que son obra de ciento cuarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de Guazacualco; é como ya sabiamos todos los puertos y ancones que señalaban en el paño que le dió el Montezuma, de cuando veniamos á descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guazacualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar á ver qué era, y para honrar el puerto y la entrada. Y como uno de nuestros capitanes, que se decia Diego de Ordás, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitán que él queria ir á ver aquel rio y qué tierras había y qué manera de gente era, y que le diese hombres é indios principales que fuesen con él; y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos y tenello en su compañía, y por no le descomplacer le dió licencia para que fuese; y el Montezuma le dijo al Ordás que en lo de Guazacualco no llegaba su señorío, é que eran muy esforzados, é que parase á ver lo que hacia, y que si algo le aconteciese no le cargasen ni culpasen á él; y que antes de llegar á aquella provincia toparía con sus guarniciones de gente de guerra, que tenía en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés y el Diego de Ordás le dieron las gracias; é así, partió con dos de nuestros soldados y con otros principales que el Montezuma les dió. Aquí es donde dice el coronista Francisco Lopez de Gómora que iba Juan Velazquez con cien soldados á poblar á Guazacualco, é que Pedro de Ireio había ido á poblar á Pánuco; é porque ya estoy hartado de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, é vinieron con muestras de oro.

CAPITULO CIII.

Cómo volvieron los capitanes que nuestro capitán envió á ver las minas é á honrar el puerto é rio de Guazacualco.

El primero que volvió á la ciudad de Méjico á dar razón de á lo que Cortés los envió, fué Gonzalo de Umbria y sus compañeros, y trajeron obra de trecientos pesos en granos, que sacaron delante de los indios de un pue-

blo que se dice Cacatula, que segun contaba el Umbria, los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios á los rios, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra y cogian el oro, y era de dos rios; y dijeron que si fuesen buenos mineros y la lavasen como en la isla de Santo Domingo ó como en isla de Cuba, que serian ricas minas; y asimismo trujeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro hecho en joyas, que valdria ducientos pesos, é á darse é ofrecerse por servidores de su majestad; y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que había buenas minas; é á los caciques que trajeron el presente les mostró mucho amor y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron á sus tierras muy contentos. Y decia el Umbria que no muy lejos de Méjico había grandes poblaciones y otra provincia que se decia Matalcingo; y á lo que sentimos y vimos, el Umbria y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados; que á este efecto le envió Cortés, para hacer buen amigo dél por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los piés. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitán Diego de Ordás, que fué á ver el rio de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de Méjico; y dijo que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró, é que todos le hacian honra; é que en el camino de Guazacualco topó á las guarniciones de Montezuma que estaban en frontera, é que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, así de robos que les hacian, y les tomaban sus mujeres y les demandaban otros tributos; y el Ordás, con los principales mejicanos que llevaba, reprendió á los capitanes de Montezuma que tenían cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si mas robaban, que se lo haria saber á su señor Montezuma, y que enviaria por ellos y los castigaria, como hizo á Quetzalpopoca y sus compañeros porque habían robado los pueblos de nuestros amigos; y con estas palabras les metió temor; é luego fué camino de Guazacualco, y no llevó mas de un principal mejicano; y cuando el cacique de aquella provincia, que se decia Tochel, supo que iba, envió sus principales á le recibir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia y todos tenían relacion y noticia de nuestras personas, de cuando venimos á descubrir con Juan de Grijalva, segun largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y volvamos ahora á decir que, como los caciques de Guazacualco entendieron á lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas, y el mesmo cacique Tochel, y con él otros muchos principales hondaron la boca del rio, é hallaron tres brazas largas, sin la de caída, en lo mas bajo; y entrados en el rio un poco arriba, podian nadar grandes navíos, é mientras mas arriba mas hondo. Y junto á un pueblo que en aquella sazón estaba poblado de indios pueden estar carracas; y como el Ordás lo hubo ahondado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india hermosa, y se ofrecieron por servidores de su majestad, y se le quejaron de Montezuma y de su guarnicion de gente de guerra, y que había poco tiempo que tuvieron una ha-

talla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia á los mejicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en dia, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mejicanos; y el Ordás les dió muchas gracias por la honra que había recebido, y les dió ciertas cuentas de Castilla que llevaba para aquel efecto, y se volvió á Méjico, y fué alegremente recebido de Cortés y de todos nosotros; y decia que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto á pique para las islas de Cuba y de Santo Domingo y de Jamaica, excepto que era lejos de Méjico y había grandes ciénagas. Y á esta causa nunca tuvimos confianza del puerto para el descargo y trato de Méjico. Dejemos al Ordás, y digamos del capitán Pizarro y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque á buscar oro y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo á dar cuenta á Cortés, y trujeron sobre mil pesos de granos de oro sacado de las minas, y dijeron que en la provincia de Tustepeque y Malinaltepeque y otros pueblos comarcanos fué á los rios con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro que allí traían, y que fueron en las sierras mas arriba á otra provincia que se dice los chinantecas, y como llegaron á su tierra, que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos y flechas y pavesinas, y dijeron que ni un indio mejicano no les entrase en su tierra; si no, que los matarian, y que los teules que vayan mucho en buen hora; y así, fueron, y se quedaron los mejicanos, que no pasaron adelante; y cuando los caciques de Chinanta entendieron á lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron á unos rios, donde cogieron el demás oro que venia por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros que aquello era de mas duraderas minas, como de nacimiento; y tambien trujo el capitán Pizarro dos caciques de aquella tierra, que vinieron á ofrecerse por vasallos de su majestad y tener nuestra amistad, y aun trujeron un presente de oro; y todos aquellos caciques a una decian mucho mal de los mejicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias por los robos que les hacian, que no podian ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro y á los principales que traía, y tomó el presente que le dieron, y porque há muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era; y se ofreció con buenas palabras que les ayudaria y seria su amigo de los chinantecas, y les mandó que fuesen á su provincia; y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó á dos principales mejicanos que los pusiesen en sus tierras, y que no se quitasen dellos hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos á nuestra plática: que preguntó Cortés por los demás soldados que había llevado el Pizarro en su compañía, que se decian Barrientos y Heredia el viejo y Escalona el mozo y Cervantes el chocarrero; y dijo que porque les pareció muy bien aquella tierra y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales y maizales y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras granjerías que había de algo-

don, y que desde allí fuesen catando todos los rios y vieses qué minas había. Y puesto que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo á bien á su pariente haber salido de su mandado, y supimos que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo que era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves é cacaguatales; y luego envió otro soldado que se decia Alonso Luis á llamar los demás que había dejado el Pizarro, y para que luego viniesen llevó un mandamiento; y lo que aquellos soldados hicieron diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV.

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase á todos los caciques que tributasen á su majestad, pues comunmente sabian que tenían oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el capitán Diego de Ordás y los soldados por mí ya nombrados vinieron con muestras de oro y relacion que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo del Ordás y de otros capitanes y soldados, acordó de decir y demandar al Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen á su majestad, y que al mismo, como gran señor, tambien tributase é diese de sus tesoros; y respondió que él enviaria por todos los pueblos á demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía que habían habido de sus antepasados; y de presto despachó principales á las partes donde había minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino del tamaño y gordor de otros que le solian tributar, y llevaban para muestras dos tejuelos, y de otras partes no le traían sino joyezuelas de poca valía. Tambien envió á la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le queria obedecer, que estaba de Méjico obra de doce leguas; y la respuesta que trujeron los mensajeros fué, que decia que no queria dar oro ni obedecer al Montezuma, y que tambien él era señor de Méjico y le venia el señorío como al mismo Montezuma que le enviaba á pedir tributo. Y como esto oyó el Montezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello y con buenos capitanes para que se lo trujesen preso; y venido á su presencia el pariente, le habló muy desacatamente y sin ningun temor, ó de muy esforzado, ó decian que tenía ramos de locura, porque era como atronado; todo lo cual alcanzó á saber Cortés, y envió á pedir por merced al Montezuma que se lo diese, que él lo queria guardar; porque, segun le dijeron, le había mandado matar el Montezuma; y traído ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su señor, y que lo queria soltar. Y Montezuma cuando lo supo dijo que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como á los otros reyezuelos por mí ya nombrados. Tornemos á decir que en obra de veinte dias vinieron todos los principales que Montezuma había enviado á cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como vinieron, envió á llamar á Cortés y á nuestros capitanes y ciertos soldados que conocia que éramos de guarda, y dijo estas palabras formales, ó otras como ellas: «Hágoos saber, señor Malinche, y señores capitanes y soldados, que á vuestro gran rey yo le soy en cargo y le tengo buena voluntad, así por se-